

notas sobre fábricas recuperadas en argentina y en uruguay

Henrique Tahan Novaes*

El telar de cintas fue inventado en Alemania. El abate italiano Lancellotti cuenta, en un texto publicado en Venecia en le año 1636: 'Anton Miller, de Dantzig vio, hace alrededor de 50 años, una máquina muy ingeniosa, que fabricaba de 4 a 6 tejidos al mismo tiempo; pero como el Consejo Municipal tenía miedo de que esa invención transformara una parte de los trabajadores en mendigos, suprimió la utilización del invento y ordenó, secretamente, ahorcar o ahogar el inventor' (Marx, 1996, p. 60, vol II).

La insistencia de Gandhi acerca de la protección de las capacidades aldeanas no significaba una conservación de las tecnologías tradicionales. Por el contrario, implicaba el perfeccionamiento (upgrading) de las técnicas locales, la adaptación de la tecnología moderna a las condiciones de la India y su medio ambiente, y el aliento para que la investigación científica y tecnológica identificara y resolviera problemas relevantes inmediatos. Su objetivo final era la transformación de la sociedad hindú a través de un proceso de crecimiento orgánico desde adentro y no mediante una imposición externa (Herrera et alli., 1994, p. 272).

Introducción

Este informe es el resultado de una investigación cuyo objetivo fue evaluar el «fenómeno de las fábricas recuperadas» en Latinoamérica, así como de innumerables diálogos con investigadores¹ (especialmente mis orientadores Paulo Lima Fil-

(*) Investigador del Grupo de Análise de Políticas de Inovação – GAPI, del Instituto de Geociências de la Universidades Estadual de Campinas – UNICAMP, Brasil.

(1) Mi viaje a Argentina y Uruguay sólo fue posible gracias al empeño de Mariana Versino, Leda Gitahy, Sara Rietti (mi madre en Argentina, a quien le agradezco todo el cariño y la atención), Ana Berteli, Jorge Walter, el equipo de Capes que aprobó mi proyecto de investigación, especialmente Mirilla, Ivana Ferreira, Valquiria, y el Ministerio de Educación argentino. La referencia a todos los que contribuyeron de las más variadas formas a este trabajo se encuentra en la parte final de este artículo.

ho y Renato Dagnino), amigos, trabajadores, trabajadoras y representantes de los movimientos sociales argentino y uruguayo. De un proyecto de investigación que nació de un convenio entre la UBA y la UNICAMP para investigar el proceso de Adaptación Socio-Técnica (AST) en las Fábricas Recuperadas (FRs), decidí ampliar la cuestión con el objetivo de reforzar el argumento ya defendido en otro informe [Novaes, 2004], el cual se refiere, básicamente, a la necesidad de la coordinación de la producción de todas las unidades productivas.

Antes de introducir el tema de investigación, se optó por aclarar una interpretación de sentido común que nos parece equivocada y viene siendo diseminada tanto en Argentina como en Brasil. Para muchos teóricos, el movimiento luddita puede ser caracterizado como un movimiento «primitivo», «anti-progreso», «inútil», que dirigía sus ataques de forma ingenua contra la maquinaria, y no contra el sistema capitalista. Mejor dicho, el sentido común considera un error que el núcleo de la lucha luddita sea la destrucción de las máquinas, cuando lo que se debería cuestionar en verdad es el *uso* que se hace de éstas en la sociedad capitalista.

Para el caso de las FRs, eso significaría decir – erróneamente – que el problema está simplemente en heredar las fuerzas productivas, posición ésta que es dominante en Argentina y Uruguay, «sin promover modificaciones significativas en la estructura tecnológica heredada» (Novaes e Dagnino, 2004).

El cuestionamiento de la división del trabajo en la empresa y la tecnología heredada no se presentan como un problema para los movimientos de FRs, aún menos para las academias argentina y uruguaya. Centrando la mayor parte de la discusión en las posibilidades de la democracia directa - una vez que en las fábricas recuperadas cada asociado representa un voto – estos investigadores sufren del mismo mal brasileño cuando no «plantan» la imprescindible necesidad de rediseño de las máquinas e instalaciones heredadas así como la necesidad de la creación de una nueva división del trabajo. En una palabra, no está en discusión la necesidad de una nueva tecnología, socialista.

La elección del movimiento luddita como ejemplo no ocurrió por casualidad. Además de observar una visión muy simplista cuando se aborda este movimiento, el caso argentino ilustra un hecho curioso: muchos patrones actuaron en este país como «ludditas a la inversa» cuando sabotaban la producción con el objetivo explícito de impedir o retardar el control obrero (Heller, P. 2004; Klein apud Magnani, 2003)².

(2) Para que quede como ejemplo de interpretaciones apresuradas, citamos a una canadiense que estuvo por aquí: «En 1812, bandas de tejedores y urdidores británicos allanaron las

Después de presentar brevemente la interpretación que a nosotros nos parece ser la más correcta del movimiento luddita, el texto contextualiza el surgimiento de las FRs argentinas para después abordar las intervenciones de los patrones para bloquear el proceso de autogestión.

A continuación, son expuestos algunos procesos de AST encontrados en la Argentina y Uruguay. Buscamos evaluar en qué medida el cambio de propiedad está llevando a una nueva configuración socio-técnica o, incluso, como el cambio del «grupo social relevante» (Bijker, 1995) que incide sobre la tecnología puede llevar a diferentes procesos de AST.

Esto no quiere decir que los trabajadores no intervenían en el proceso de producción antes de la quiebra de las fábricas (Novaes, Assis e Dagnino, 2004), sino que, ahora, tienen posibilidades «privilegiadas de intervenir en el espacio de trabajo» (Holzmann, 2000), tanto en cuestiones relacionadas a la administración de la empresa como en cuestiones cotidianas de la producción.

Los destructores de máquinas

Hobsbawm (1981), en *Los destructores de máquinas*, señala que los equívocos con respeto al sindicalismo, la clase operaria y la maquinaria provienen de la interpretación incorrecta de Webbs y sus seguidores fabianos: «Las opiniones concientes de la mayoría de los estudiosos pueden ser resumidas como: ‘el triunfo de la mecanización era inevitable’». El luddismo fue descrito por algunos simplemente como una «Jaquerie»³ Industrial frenética y sin propósito. Otra autoridad en el tema los describe sugiriendo que los ludditas eran el desbordamiento de la excitación y de la animación.

El mérito de este informe consiste en desmitificar la reacción de la clase trabajadora como si ésta fuera únicamente en torno al ‘avance’ de la maquina-

fábricas textiles y destrozaron las máquinas industriales con sus martillos. Según los ludditas, los nuevos telares mecanizados habían eliminado miles de trabajos, fragmentando comunidades y merecían ser destruidas. El gobierno británico discrepó y llamó a un batallón de 14.000 soldados, que brutalmente reprimió la revuelta de los trabajadores y protegió las máquinas». Y continúa, «Adelantémonos dos siglos a otra fábrica textil, ésta en Buenos Aires. En la fábrica Brukman, que ha estado produciendo trajes para hombres durante 50 años, es el allanamiento policíaco el que destroza las máquinas de coser y a los 58 trabajadores que arriesgan sus vidas para protegerlas». (Klein – Prólogo al Libro de Magnani, 2003, p.13) (Este pasaje nos llevó a pensar en el tema del artículo).

(3) Revuelta campesina en Francia, en 1358.

ria. Para este autor, «la destrucción era simplemente una técnica del sindicalismo en el período anterior y durante las primeras fases de la revolución industrial» (Hobsbawm, 1981).

Entre los varios tipos de ruptura de máquinas, se puede remarcar que los trabajadores de Debyshire usaron los ataques contra las máquinas, viejas o nuevas, como medio de forzar a sus empleadores a hacerles concesiones salariales. En Devon, los tejedores amenazaban con quemar y demoler las casas de los comerciantes de tejidos a menos que éstos aceptaran sus condiciones. En cambio, la lucha de los mineros, a través de la destrucción y de las insurrecciones se daba por los altos precios de los alimentos.

Las destrucciones e insurrecciones eran utilizadas cuando los salarios o las condiciones de vida de la clase trabajadora cambiaban súbitamente y, también, como forma de huelga más prolongada, debido a que el equipamiento roto era la garantía de que las máquinas no funcionarían temporalmente (Hobsbawm, 1981). Otra variante de la destrucción proviene de la hostilidad de la clase trabajadora a las nuevas máquinas, especialmente las que ahorran mano de obra. Hobsbawm (1981) advierte que el trabajador no estaba preocupado por el progreso técnico «abstractamente» sino por el problema práctico del desempleo y del nivel de vida. El objetivo supremo de la clase trabajadora consistía en regular el mercado de trabajo (romper máquinas que economizaban mano de obra) y evitar que algunos no participasen de las huelgas.

El ejemplo clásico es el de los tejedores de Spitafields, donde los trabajadores se rebelaban contra las máquinas con las cuales «un hombre puede producir tanto como casi veinte hombres sin estas».

Entre hombres y mujeres mal pagos, sin fondos de huelga, el peligro de que existan «carneros» es siempre grave. La ruptura de máquinas fue uno de los métodos de contraatacar esta posibilidad. La ventaja del equipamiento roto era la garantía de que la máquina no funcionaría temporalmente. Según Geoffrey Bernstein (apud Noble, 2000), romper máquinas servía para movilizar a las personas con diferentes preocupaciones inmediatas, ubicadas en regiones geográficas distintas e integradas en sindicatos diferentes, dando coherencia al movimiento, estimulando lealtades y dando a los trabajadores un sentido de solidaridad.

Sin embargo, cuando el cambio técnico no trae ninguna desventaja a los trabajadores, no se encuentra ninguna hostilidad contra las máquinas: en el caso de los tipógrafos, «la adopción de prensas movidas a motor parece haber causado poca perturbación» (Hobsbawm, 1981).

Hobsbawm remarca que la hostilidad hacia las máquinas economizadoras de mano de obra no era tan indiscriminada ni tan específica como se ha considerado muchas veces. Con excepciones locales o regionales, esta hostilidad no tuvo, sorprendentemente, mucha importancia en la práctica⁴. No estuvo restringida a los trabajadores, sino que fue compartida por la gran mayoría de la opinión pública, incluyendo industriales medios.

En esta época, los empresarios capitalistas de gran porte formaban una pequeña minoría. Ni el pequeño comerciante o ni el patrón local querían una economía de expansión ilimitada, acumulación y revolución técnica, la salvaje pelea que condenaba a los pequeños comerciantes a la quiebra y al status de empleados de salario mínimo. Su ideal era el sueño secular de todos los «pequeños hombres», una sociedad a pequeña escala de propietarios modestos y asalariados en condiciones confortables. Pero si el empresario innovador tenía la gran parte de la opinión pública en contra, ¿cómo logró imponerse? Obviamente, por medio del Estado. Según Hobsbawm (1981), la Revolución de 1640-60 en Inglaterra marca el momento decisivo en la actitud del Estado con relación a la maquinaria. Se debe recordar todavía que la mayoría de las máquinas tendía a ser introducida en ocasiones de prosperidad creciente, cuando el nivel de empleo estaba mejorando y la oposición, no totalmente movilizad, podía ser disipada por algún tiempo (Hobsbawm, 1981).

En un pasaje que es de nuestro interés, el historiador ‘inglés’ afirma que «en verdad, en muchas industrias, el objetivo de impedir la introducción de máquinas indeseables había dado lugar, con la llegada de la mecanización completa, al plan para ‘capturarlas’ para los trabajadores que gozaban de niveles y condiciones sindicales» (Hobsbawm, 1981, p.22).

Robert Owen proponía utilizar las fuerzas productivas proporcionadas por las máquinas para terminar con la miseria y garantizar a todos una vida digna (Engels, 1971; Singer, 1998). En el año 1817, Owen presenta su plan para terminar con la pobreza mediante aldeas cooperativas donde los trabajadores podrían vivir en comunidad y producir en común, consumiendo sus propios productos y canjeando los excedentes con otras cooperativas. Owen también propuso en esa época una moneda basada en el tiempo de trabajo incorporado al producto (si el trabajo es la fuente de todo valor, el trabajador debe ser el único dueño legítimo del producto).

(4) La rápida derrota del luddismo condujo a una creencia generalizada de que la destrucción de máquinas nunca era una buena idea.

Para Engels, en el libro en que critica a Eugenio Duhring, Owen se sirve de su experiencia como director de una fábrica en Manchester y de sus ideales utopistas para transformar una fábrica de 500 personas en New Lanark (Escocia) en una aldea de 2500 personas, cuyo origen era de lo más heterogéneo y, en su mayor parte, de los más desmoralizados, en una colonia modelo que se bastaba a sí misma, en que la embriaguez, la policía, la justicia represiva, los procesos, la asistencia a los indigentes y la caridad eran cosas desconocidas, y esto, simplemente dando a los seres un medio de conformidad a la dignidad humana y, sobre todo, una cuidadosa educación a los niños de la nueva generación (Engels, 1971, p. 321).

Según Engels (1971, p. 322), «las nuevas y potentes fuerzas productivas que, hasta entonces, no servían para nada más que para enriquecer a los individuos y oprimir a las masas, conforman, a los ojos de Owen, la base del nuevo orden social, y estaban destinadas a funcionar, como propiedad común a todos, por el bienestar común de todos».

Otras experiencias de 'comunismo modelo' fueran hechas por Owen⁵ durante cinco años en la colonia de Harmony Haal en Hampshire.

Según Maxine Berg apud Noble (2000), los seguidores de Owen vieron la máquina como medio de liberación y de futura prosperidad en el socialismo. Incluso viendo que en el capitalismo y en el sistema competitivo la innovación tecnológica llevaba a la intensificación del trabajo y a la explotación, estos seguidores de Owen creían que estas mismas tecnologías encarnaban una «cierta promesa y perspectiva» que podían ser utilizadas para fines cooperativos «en el futuro del Milenio». Estos pensadores abogaban por la necesidad del fin de la propiedad privada y creían que ésta permitiría la supresión de la división del trabajo. Con el fin de la división del trabajo, estarían exterminadas las clases, la desigualdad y la dominación, creando condiciones materiales para el ocio, la educación y la producción colectiva en una sociedad socialista cooperativa (Noble, 2000, p.26).

Volvamos entonces a Hobsbawm: ¿es posible, entonces, que el tumulto y la destrucción de máquinas detengan el avance del progreso técnico? Hobsbawm responde que «potentemente no pueden detener el triunfo del capitalis-

(5) Fue Owen quien inventó las escuelas para niños y quien primero las introdujo en 1819. Fue, también, quien obtuvo la ley que limita el trabajo de mujeres y niños en las fábricas. Cuando presidió la Unión de Oficios de toda Inglaterra, introdujo las asociaciones corporativas de consumo y producción que ofrecieron la «nueva práctica de que se puede muy bien prescindir tanto del comerciante como del fabricante». Introdujo también las ferias de trabajo para el intercambio de productos.

mo industrial como un todo. En una escala menor, sin embargo, no son de ninguna manera el arma desesperadamente ineficiente que se ha tratado de hacer parecer». El luddismo de los esquiladores de Wiltshire en 1802 ciertamente retrasó la generalización de la mecanización. Y concluye observando:

Cuánto de ese éxito fue debido a los hombres, cuánto al luddismo latente o pasivo de los propios empleadores, no podemos, con todo, determinarlo. Sin embargo, cualquiera que sea la verdad en la cuestión, la iniciativa vino de los hombres, y hasta ese punto ellos pueden reivindicar una parte importante en cualquiera de esos éxitos (Hobsbawm, 1984, p. 27).

Buscando desmitificar la tecnología como entidad autónoma, libre de las influencias de la política y de la sociedad, y llevar la construcción tecnológica al campo de la lucha ‘concreta’, Noble (2000) retrata en el libro *Una visión diferente del progreso- en defensa del luddismo*; la percepción de los que están en el «centro de la producción», para de esta manera mostrar las respuestas del pasado e incitar las respuestas en el «presente» sobre una tecnología aparentemente incontrolable e inevitable: «La gente en el centro de producción fue la primera que comprendió el significado integral del devastador ataque de la Revolución Industrial – no por medio de una superior sofisticación dialéctica, sino a causa de lo que ya suponía para sus vidas – y respondieron consecuentemente» (Noble, 2000, p.9).

Mientras los escritos de aquella época eran formulados teniendo en cuenta el derrumbe de la visión de los que luchaban por la supervivencia y contra los supuestos progresos de la Revolución Industrial, Noble cree que los ludditas no se confundían con este «invento ideológico». Ellos no tenían fe en el progreso tecnológico, ni podían creer, pues se trataba de una idea rara para ellos que fue inventada posteriormente para prevenir la reaparición de movimientos similares.

Dentro de esta invención ideológica, los ludditas fueron entonces llamados anti-progreso, primitivos, provincianos, inútiles. Para Noble (2000, p.10), los ludditas fueron «los únicos que percibieron la tecnología en el presente concreto y actuaron consecuentemente, destruyéndola». Citando a Maxine Berg, Noble (200) observa que «la máquina no era una conquista, sino el resultado de una imposición».

Noble comenta que muchas interpretaciones revisionistas muestran a los ludditas no sólo luchando contra la tecnología «per se», sino también contra los cambios sociales que la nueva tecnología producía y consolidaba. Una argumentación en esta línea diría que los ludditas luchaban contra los esfuerzos económicos, pues éstos utilizaban la tecnología para reestructurar las relaciones sociales.

De esta manera, los trabajadores de la 1ª Revolución Industrial estaban reaccionando contra la imposición de las relaciones sociales capitalistas, marcadas por la creación de un sistema de dominación que implicaba su ruina o la «esclavitud asalariada», y eran plenamente conscientes de que la introducción de las nuevas tecnologías por los enemigos formaba parte de un esfuerzo capitalista cuyo objetivo era arruinarlos: «no tenían nada contra la maquinaria, pero tampoco tenían un respeto excesivo por esta. A la hora de la elección (...) entre las máquinas del capitalista y sus propias vidas, no tenían muchos problemas para elegir lo que era más importante» (Noble, 2000, p.12). Impresiona darse cuenta que la rapidez del cambio tecnológico, que es en sí misma desestabilizadora y viene siendo utilizada reiteradas veces para poner al trabajador a la defensiva, no era percibida en aquel tiempo como inevitable (Berg apud Noble, 2000).

El argumento de la época afirmaba que la productividad de los tejedores a vapor era el mayor atractivo, sin embargo Berg sostiene que la razón del empleo de éstos estaba en la facilidad de ejecutar una cantidad de trabajo bajo el control inmediato de la dirección y en la posibilidad de evitar el ausentismo laboral, y no en la reducción de los costos de producción.

Si los economistas creen que la viabilidad económica es el factor principal que determina la selección de la tecnología a ser utilizada, este ejemplo deja en claro que la razón para la introducción de una nueva tecnología tiene más que ver con la política y la cultura que con la ‘economía de costos’. Noble nos recuerda también que otras tecnologías «igualmente poco rentables» podrían ser elegidas. Por ejemplo, J.H. Sadler propuso una tecnología alternativa, el telar de péndulo movido a mano, que preservaba las habilidades y los trabajos de los tejedores y evitaba las condiciones degradantes de la vida en la fábrica (Noble, 2000, p. 14).

Para Noble (2000, p.14), la actuación de los tejedores en ese momento es una importante prueba de la crítica a la maquinaria en el siglo XIX, «una crítica que mostraba el cambio técnico no como algo ‘dado’ pero que podía ser dirigido de acuerdo con las necesidades de los ideales sociales».

Breve resumen histórico argentino y el contexto a fines del siglo XX

Por esos azares de la historia o no, la nación latinoamericana que demostraba una gran posibilidad de desarrollar un capitalismo autónomo e independiente en la periferia del capitalismo se malogró a comienzos del siglo XXI (Lima Filho, 2002). Por más que algunos optimistas intenten decir lo opuesto, la Argentina (y, por que no, Brasil) entran al siglo XXI como ‘colonias de la modernidad’. Todo el

esfuerzo de industrialización, que tenía como verdadero propósito liberar a estos países de la importación (siempre a precios crecientes) y de la exportación (siempre con precios cadentes), se rompe a lo largo de la segunda mitad del siglo⁶.

La «pseudo burguesía nacional» (Heller, P. 2004) argentina era nada más que un apéndice de la burguesía internacional. Así como el proyecto nacional de sustitución de importaciones llevado a cabo por los empresarios nativos en los años 50's fue nada más que la repetición de los modelos de las sociedades del norte, aplicados como una especie de «transplante mimético» o como una «transferencia acrítica» de los modelos de desarrollo del Norte.

La Argentina, que a comienzos del inicio del siglo XIX se muestra como una sociedad pujante y que presentaba una calidad de vida mejor que España y Portugal, llega al siglo XXI completamente destruida. Para tener una idea, un país donde las tasas de desempleo nunca pasaron del 4 o 5% llegaron al 20% con la devaluación cambiaria en el año 2001, por lo que hoy más del 50% de los trabajadores está en la informalidad.

Una sociedad que nunca había visto índices tan pavorosos de distribución desigual de la renta pasa ahora a convivir con tasas estructurales de desempleo irreversibles dentro de los marcos del capitalismo (Lima Filho, 2002). Contrariamente a lo que sucede en Brasil, donde la disparidad de ingreso entre un trabajador y un ingeniero siempre fue muy grande⁷, en Argentina siempre hubo una sociedad mucho más equitativa, homogénea e igualitaria. Recordemos que la Argentina no tuvo antecedentes de esclavitud y que su mano de obra siempre fue mucho más combativa.

Desde la dictadura militar, la industria argentina viene siendo destruida, eliminando cualquier posibilidad de un nuevo desarrollo glorioso en la periferia – «el capitalismo con inclusión social», como dicen algunos. Lo que aparece en los diarios porteños como una crisis violenta, aunque coyuntural, es vista por Mézáros (2002) como una «crisis estructural del capital»⁸, que alcanza no sólo la periferia sino también al centro del capitalismo.

(6) Un análisis brillante sobre este tema puede encontrarse en los textos del economista argentino Prebisch: el famoso deterioro de los términos de intercambio. Sobre la Historia de la Industrialización Argentina en los años 30, ver Rapoport (2000, p.319 a 332).

(7) Ahora parece que se están aproximando, debido a la caída de la renta de los ingenieros a partir de los procesos de flexibilización y horizontalización. Toda la cohesión social se está deshaciendo.

(8) Esto no quiere decir que el capital se autodestruya.

Es en este contexto de crisis estructural que surgen en la Argentina los «piqueteros», las asambleas barriales, los «ahorristas damnificados», los «clubes de canje» y las FRs⁹.

Sin embargo, es necesaria una advertencia. Incluso sabiendo que el objetivo primordial de las FRs es la defensa de los puestos de trabajo, éstas no son sólo una respuesta automática a las condiciones macroeconómicas de los años 90, sino también el resultado de un nuevo contexto, de un nuevo clima político social y de una «crisis estructural del capital» (Mészáros, 2002; Heller, P. 2004). En la Argentina, las FRs surgen como «cooperativas de necesidad»¹⁰, empresas de porte mediano y pequeño (PYMES) que surgen de un proceso de «achicamiento»¹¹ (*encolhimento – diminuição de tamanho*) y «vaciamiento» a fines de los años 90 y a inicios de este siglo (Fajn, 2003, p. 65).

Más precisamente, se trata de un «nuevo» fenómeno social o de un nuevo método desarrollado por las clases trabajadoras brasileña, argentina, uruguaya, venezolana, salvadoreña, colombiana... que es el resultado de una mezcla de 'clima social' y una salida para los trabajadores que no encontraban más en la lucha sindical tradicional una salida para su reproducción social (Murúa, 2004).

Frente a eso, muchos trabajadores optaron por ocupar fábricas, reivindicar la expropiación definitiva de los medios de producción, la repartición igualitaria del excedente y la instalación de mecanismos de decisión horizontal en el seno de la unidad productiva. No podemos olvidar que el acto de recuperar la fábrica significa, para el trabajador, recuperar algo en lo cual el se siente partícipe, que ayudó a construir, que forma parte de su historia de vida.

No es necesario decir que muchos trabajadores vivieron un gran período de 'esclavitud' durante los procesos anteriores a la quiebra. Se observó a través del

(9) Para saber más sobre los lazos «inter cooperativas» y «entre cooperativas» y la «sociedad», especialmente las asambleas de barrio, ver Ghibaoudi (2000), Fajn (2003) y Magnani (2003, p.39).

(10) Las palabras son del profesor Gabriel Fajn.

(11) Es preciso remarcar que muchas de esas fábricas operan hoy con 1/5 de los trabajadores que trabajaban en las épocas de gloria. La mitad de las empresas investigadas por Fajn et alli (2003) tienen menos de 30 empleados, y el 25 %, más de 70. En Argentina, las cooperativas recuperadas alcanzan áreas que no encontramos en Brasil: clínicas de análisis, hoteles, hospitales, supermercados, escuelas. Estas suman un total de 180 fábricas (de un total aproximado de 4000 quiebras) y 12000 trabajadores. En Uruguay, tenemos también un fuerte cooperativismo «de izquierda» para la construcción «de viviendas» y las fábricas recuperadas deben rondar las 20. Ver Bertullo et alli. (2003).

relato de los trabajadores que ellos apenas recibían el dinero para pagar su transporte durante meses, sin ninguna perspectiva de obtener sus salarios de nuevo.

Un problema que surgió para la academia como esencialmente «defensivo», siendo el resultado de una crisis sin precedentes del desempleo, revela una realidad y nos lleva a pensar en las FRs como un hecho histórico que estimula una mirada que va más allá de que una simple cuestión de empleo, llevándonos a pensar en el tema de la alienación del trabajo (Bialakowsky, 2004). Tal vez sea por ese hecho que las empresas rehabilitadas vienen llamando la atención. Lo que aparece primeramente como una mera cuestión de defensa del empleo lleva tanto a la academia como a los trabajadores ‘adormecidos’ a pensar en los temas de la «desalienación» del trabajo¹², la subjetividad obrera, y otros innumerables temas que instigan a seguir pensando.

Los ludditas a la inversa: cuando los patrones destruyen máquinas

Un fenómeno curioso sucedió en la Argentina a fines del siglo XX. Si en el siglo XIX la destrucción de máquinas por parte de los trabajadores era una de las tácticas para interrumpir la producción por un tiempo – conforme a lo que vimos a la primera sección –, en Argentina se da lo opuesto. Muchos patrones, con el objetivo de impedir que las fábricas fueran controladas por los trabajadores, iniciaron procesos de «vaciamiento» de la empresa, ya sea del retiro de piezas y equipamientos extremadamente necesarios al buen funcionamiento de la producción, ya sea por una crisis inducida o por la creación de empresas fantasmas para eludir la quiebra.

Podríamos citar innumerables ejemplos, sin embargo, nos detendremos apenas en dos. En la fábrica textil Brukman, fábrica esta que alcanzó visibilidad internacional, los trabajadores, después de conseguir la expropiación de los medios de producción, «encontraron tierra arrasada: las máquinas estaban destruidas, las piezas más importantes y costosas de la computadora de diseño habían sido robadas. Las calderas, el sistema eléctrico, las tuberías de aire comprimido, todo estaba roto» (Heller, P. 2004, p.187).

En Sasetru, fueron desperdiciadas muchas horas de trabajo humano, correspondientes a casi dos meses, realizados por trabajadores desocupados «que

(12) Comprendemos la alienación del trabajo en sus cuatro dimensiones: producto del trabajo, proceso de trabajo, alienación de sí mismo y de la civilización (Marx, 1994; Agazzi, 2000).

se proponían producir alimentos para la Argentina desnutrida» (Heller, P. 2004, p. 178). Hubo destrozos, saqueo de piezas por parte de los patrones y sabotaje (Heller, P. 2004, p. 177). El robo fue realizado por «personal altamente calificado», que desmontó de manera «impecable» algunas piezas imprescindibles de las líneas de producción (Heller, P. 2004, p.178). El objetivo principal era impedir o, por lo menos, retardar la gestión obrera (Heller, P. 2004, p.178)¹³.

Para impedir que las empresas fueran completamente saqueadas por los patrones, muchos trabajadores optaron por la táctica del acampe frente a la fábrica o, incluso, por dormir en la propia fábrica, volviéndose ‘guardianes’ de los medios de producción¹⁴.

Incluso sabiendo que tuvimos en Brasil algunas ocupaciones y luchas extremamente agitadas, todo lleva a creer que en la *nación tupiniquim* hubo un proceso mayor de negociación en el cual no fue necesario recurrir al acampe u ocupación de las fábricas, algo diferente de lo que pasó en Argentina, donde el proceso de recuperación de las fábricas fue caracterizado por una mayor «intensidad del conflicto» entre trabajadores y patrones.

Suponemos todavía que la propuesta de reparto igualitario de los ingresos repercutió con mucho más fuerza en la Argentina que en Brasil, como resultado de esas «medidas de fuerza» para adquirir la propiedad de las fábricas, y, también, porque las fábricas son más pequeñas. En el estudio de Fajn (2003, p. 40-1) que trata sobre 87 FRs, se observa que el 46% de las fábricas tuvo que recurrir la «toma de la fábrica» mientras que el 24% recurrió a otras «medidas de fuerza» para recuperar la empresa (acampe o corte de calles). No es necesario recordar que este método tiene una similitud – reconocida por algunos e ignorada por otros – con el método de los acampes del «Movimento dos Trabalhadores Sem Terra» (MST).

El estudio de Fajn (2003) confirma la hipótesis de que las fábricas que tuvieron una mayor intensidad de conflictividad generaron lazos muy estrechos entre los trabajadores, factor este que llevó a una «solidaridad» en la repartición de los salarios. Esto no quiere decir que muchos trabajadores no quieran retornar al antiguo sistema de escalas salariales. La repartición igualitaria de los ‘salarios’ se presenta como una opción transitoria frente a la imposibilidad del mantenimiento de los antiguos salarios. Una hipótesis a ser verificada es si, con la buena marcha «financiera», no tendremos una vuelta a las antiguas divisiones de salarios.

(13) Heller (2004) también remarca que hubo «vandalismo» por parte de los trabajadores.
(14) La guardia de la fábrica causó mucho estrés y cansancio en los trabajadores. Ver, por ejemplo, Magnani (2003, p. 151).

Adaptación socio-técnica en la Argentina y Uruguay

«Las demandas de participación y control por parte de los trabajadores se alejan mucho de la visión marxista. El concepto de una «democracia de escritorio» basada simplemente en la imposición de una estructura formal de tipo parlamentarista – elección de directores, votación de decisiones referentes a la producción – de acuerdo con la organización existente, es decepcionante. Sin que los trabajadores adquieran el conocimiento técnico y sin la reformulación de la organización del trabajo – sin, en una palabra, un nuevo y verdaderamente colectivo modo de producción, la votación en las fábricas y oficinas no altera el hecho de que los trabajadores continúen dependiendo tanto como antes de los ‘peritos’ y sólo puedan elegir entre ellos o votar a las alternativas presentadas por ellos» (Braverman, 1987).

Según Bijker, Hughes y Pinch, la Construcción socio-técnica es el proceso mediante el cual los artefactos tecnológicos van definiendo sus características a través de una negociación entre «grupos sociales relevantes», con preferencias e intereses diferentes, en la cual, criterios de distinta naturaleza, incluso técnicos, van siendo empleados hasta llegar a una situación de «estabilización» y «conclusión» (Bijker, 1995 apud Dagnino e Novaes, 2004).

En este sentido, el concepto de Adaptación Socio-técnica (AST) aquí propuesto podría ser entendido como un proceso ‘inverso’ al de la construcción, en el cual, un artefacto tecnológico o una tecnología sufriría un proceso de adaptación a los intereses de grupos sociales relevantes distintos de los que lo originaron. Una de las virtudes del concepto de AST es observar que el problema de las FRs es mucho más complejo que el acto de heredar o apropiarse de las fuerzas productivas.

En ese sentido, fueron elaboradas «modalidades de AST» que pretenden retratar los diferentes niveles de complejidad que las cooperativas populares y FRs pueden estar alcanzando.

Las modalidades de adaptación socio-técnica

1) **Uso:** el simple uso de la tecnología (máquinas, equipamientos, formas de organización del proceso de trabajo, etc.) antes empleada (en el caso de cooperativas que sucedieron a empresas quebradas), o la adopción de tecnología convencional, con la condición de que se altere la forma como se reparte el excedente generado, es percibida como suficiente.

2) Apropiación: entendida como un proceso que tiene como condición la propiedad colectiva de los medios de producción (máquinas, equipamientos) ésta implica una ampliación del conocimiento, por parte del trabajador, de los aspectos productivos (fases de producción, cadena productiva, etc.), gerenciales y de concepción de los productos y procesos, sin que exista ningún cambio en el uso concreto que de ellos se hace.

3) Revitalización o «Repotenciamiento» de las máquinas y equipamientos: significa no sólo el aumento de la vida útil de las máquinas y equipamientos, sino también ajustes, acondicionamientos y la revitalización de la maquinaria. Supone incluso la fertilización de las tecnologías 'antiguas' con componentes nuevos.

4) Ajuste del proceso de trabajo: implica la adaptación de la organización del proceso de trabajo a la forma de propiedad colectiva de los medios de producción (pre-existentes o convencionales), el cuestionamiento de la división técnica del trabajo y la adopción progresiva del control obrero (autogestión).

5) Alternativas tecnológicas: implica la percepción de que las modalidades anteriores, incluso la del Ajuste del proceso de trabajo, no son suficientes para dar cuenta de las demandas por AST de los emprendimientos autogestionarios, siendo necesario el empleo de tecnologías alternativas a la convencional. La actividad consecuente de esta modalidad es la búsqueda y selección de tecnologías existentes.

6) Incorporación del conocimiento científico-tecnológico existente: resulta del agotamiento del proceso sistemático de búsqueda de tecnologías alternativas y de la percepción de que es necesaria la incorporación a la producción del conocimiento científico-tecnológico existente (intangibles, no incorporados a los medios de producción), o el desarrollo, a partir del mismo, de nuevos procesos productivos o medios de producción, para satisfacer las demandas por AST. Actividades asociadas a esta modalidad son los procesos de innovación de tipo incremental, aislados junto con centros de P&D o universidades.

7) Incorporación de conocimiento científico-tecnológico nuevo: resulta del agotamiento del proceso de innovación incremental en función de la inexistencia de conocimientos susceptibles de ser incorporados a procesos o medios de producción para atender las demandas por AST. Actividades asociadas a esta modalidad son los procesos de innovación de tipo radical que tienden a buscar la asistencia de los centros de P&D o de las universidades y que implican la exploración de las fronteras del conocimiento.

La mirada argentina

La «mirada» argentina – porque no hay una mirada uruguaya – está reduciendo el debate sobre AST a la necesidad de la creación de mecanismos de democracia horizontal/directa interna a la fábrica, ignorando los condicionantes relativos a la tecnología capitalista heredada (hardware, software y orgware).

No se trata solamente de «crear una nueva cultura del trabajo», como predicán algunos, sino de llevar a cabo una total reestructuración de los medios y de la organización de la producción, donde los trabajadores no estén sometidos a las decisiones apuntadas por los ingenieros, como nos señala Braverman (1987) en el inicio de esta sección y Varsavsky (1974) en el excelente libro «Estilos Tecnológicos».

Según Varsavsky (1974, p.74), a lo largo del surgimiento del capitalismo, el trabajador perdió el control (se alienó) de los medios de producción y de «la propiedad del dominio técnico sobre la máquina que usa, y eso no se repara con decretos. Incluso cuando la fábrica es de propiedad cooperativa directa de los trabajadores, la alienación de los estos últimos no se elimina si siguen dependiendo de los especialistas en la misma medida que hoy».

En ese sentido, el concepto de AST nos obliga a pensar las FRs más allá de un simple cambio jurídico de propiedad, porque la alienación no se elimina mediante un «decreto» o con un cambio de la propiedad jurídica, pero sí requiere un largo plazo de maduración que, en gran medida, no puede ser resuelto en apenas una generación¹⁵.

Sin embargo, remarquemos inicialmente que el hecho de que los trabajadores administren una fábrica por sí solos ya es una gran innovación (Bialakowsky, 2004).

Trabajadores que antes no tenían ni una vaga idea de los aspectos relacionados a la administración ahora pueden debatir problemas relacionados a la comercialización del producto, planes de inversión, mayor libertad para discutir aspectos relacionados a la innovación en productos, procesos, adaptación y fertilización de la antigua maquinaria con componentes nuevos. Resta saber si las asambleas tienen sólo un contenido informativo o si los trabajadores

(15) Varsavsky (1974) y Dagnino (2002) proponen no sólo un radical cambio en las formas de hacer investigaciones, sino también de dar clases. No es necesario decir que los medios de producción deben, también, ser modificados «bajo control socialista».

deciden con conocimiento de causa. Sin embargo, todo lleva a creer que el problema es mucho más complejo que la creación de asambleas democráticas, consejos administrativos o, incluso, una nueva (y deseada) división del trabajo. Las modalidades 6 y 7, presentadas más arriba, anuncian la necesidad de un cambio radical en el rumbo de la investigación tecnocientífica, algo que no ha sido pensado ni mucho menos realizado por los investigadores latinos.

Suponiendo, por ejemplo, que todas las fábricas y universidades estuvieran quebradas y fueran apropiadas por los trabajadores dentro de un proyecto emancipador: es muy probable que tendría de hacerse una transformación mucho más radical, «más allá de la apropiación», que la imaginada actualmente.

Esto se debe a que las fuerzas productivas: la Ciencia, la Tecnología, los medios de producción, el conocimiento parcial de los trabajadores, las escuelas y universidades difícilmente puedan ser «aprovechados» por los trabajadores sin un gran cambio (Dagnino, 2002; Mézaros, 2002).

Es verdad que muchas de las FRs muchas veces permiten tanto el mantenimiento como la ampliación del conocimiento de los trabajadores en la medida en que muchos trabajadores que antes no dialogaban o veían en el otro una especie de amenaza a su trabajo, ahora son obligados a enfrentar una situación extremadamente nueva. Sabiendo que el buen funcionamiento del negocio depende del compromiso pleno de los trabajadores en relación con los problemas fabriles, muchos trabajadores – lentamente – comienzan a sentirse más comprometidos con las cuestiones fabriles esenciales¹⁶.

Las FRs, tanto brasileñas como argentinas y uruguayas, también están permitiendo, sin que se perciba, un aumento sustancial de la vida útil de muchas máquinas, equipamientos e instalaciones, que ante la ausencia de los movimientos de fábricas recuperadas de los dos países, seguramente irían a parar a un cementerio de chatarras o serían vendidas a precios irrisorios. Sin embargo, esta cuestión «ambiental» no es el resultado de un proyecto conservacionista de los trabajadores, sino un método de lucha para «salvar» sus puestos de trabajo, poniendo la producción en marcha de nuevo.

Dos preguntas permanecen sin respuesta: si los trabajadores de FRs tienen mayor conciencia de clase, si discuten más sobre «política en ge-

(16) Esto no quiere decir que la mentalidad de recibir un salario sin preocuparse por el funcionamiento de la fábrica se haya extinguido. Sin embargo, se observa en muchas fábricas un aumento significativo de la productividad y un sentimiento de propiedad sobre la fábrica.

neral» o si continúan tan alienados como antes¹⁷. Algunos autores enfatizan el cambio de postura mientras otros muestran la permanencia de las antiguas huellas. A pesar de todo, algo es cierto: formar parte del proceso de la toma de una fábrica y ponerla en marcha de nuevo, más allá de desnudar una realidad aparentemente 'natural', es la mejor clase que un trabajador puede tener sobre la concepción de Estado, sobre la lucha de clases (Heller, P. 2004).

La otra cuestión sin respuesta se refiere al grado de intervención de los partidos políticos y de los movimientos de FRs junto a estas. Para un observador brasileño, el hecho de que algunas fábricas argentinas tengan los cuadros administrativos «colocados externamente» compromete el buen funcionamiento de la autogestión, siendo la fábrica mucho más una extensión del movimiento que una entidad con vida propia.

Notas sobre las fábricas argentinas y uruguayas

Comencemos por la Industria Metalúrgica Plástica Argentina (IMPA), una antigua fábrica del Estado procesadora de aluminio que se transformó en una «cooperativa tradicional» en los años 60, entró en quiebra en los años 90 y se transformó en una FR. Lo que para muchos ingenieros y economistas era algo «inviabile», por contar con una tecnología «desfasada» y «obsoleta», viene no sólo manteniendo los puestos de trabajo, sino también generando pequeñas innovaciones. La cooperativa IMPA, que comenzó con 40 trabajadores – hoy tiene 174 –, desarrolló su propio sistema de reciclaje de aluminio cuando se vieron imposibilitados de comprar cantidades pequeñas de acero a un precio razonable de ALUAR, antigua proveedora de aluminio: «Estos trabajadores tuvieron que probar una alternativa que los ingenieros habían descartado contra todas las recomendaciones, reciclar aluminio. Luego de algunas pruebas, obtuvieron un material que superó perfectamente el control de calidad de las piezas anteriores» (Magnani, 2003, p.87).

En Sasetru, una fábrica del sector de productos alimenticios (básicamente, aceite y harina), hubo un reacondicionamiento de la maquinaria (no se sabe de qué naturaleza) en gran medida porque esta fábrica permaneció cerrada por 20 años y porque hubo sabotaje por parte de los antiguos dueños.

(17) Algunos trabajadores de FRs dicen que «no hacen política», que «no van a militar» y que no son «puntas de lanza de nada». Para más detalles, ver Magnani (2003, p. 166-8).

Una de las fábricas más interesantes de analizar es Cerámica Zanón. Situada en la provincia de Neuquén, esta fábrica –que actualmente es completamente «ilegal» desde el punto de vista jurídico- desarrolló una nueva línea de cerámicos, los «cerámicos mapuche». Sin embargo, hay que remarcar que muchos trabajadores fueron enviados a Bologna justamente para eso, cuando todavía esta empresa era propiedad del señor Zanón. Ellos dicen que sabían cómo hacer el ladrillo, pero no los presupuestos de producción: «éramos trabajadores que no sabíamos dirigir una fábrica en términos económicos» (Magnani, 2003, p-148).

Los trabajadores reconocen que su actividad es completamente ilegal desde el punto de vista jurídico, pero dicen: «tenemos que sobrevivir, hay una razón social en primer lugar». Con un fuerte llamado a los vínculos de la fábrica «al servicio de la comunidad», continúan: «Soy un trabajador y quiero reportarle a la comunidad todo lo que nos dio. (...) Las ganancias de esta fábrica tienen que ir para ellos» (Magnani, 2003, p. 143)¹⁸.

En el año 2002, firmaron un convenio con la Universidad de las Madres que permitió superar los escollos con que se tropezaba en materia de comercialización (Magnani, 2003).

Esta fábrica viene obteniendo muchos excedentes, al punto de que los trabajadores incorporaron la función de «Fábrica-Estado». Entre sus deseos, están los de construir hospitales, escuelas, aumentar la donación de cerámica para el pueblo de la ciudad y muchísimas otras cosas.

Todos los trabajadores reciben el mismo ingreso y lo justifican: «Particularmente, no acepto que haya escala salarial porque significa discriminar» y que «a igual trabajo, igual salario». (Magnani, 2003. p.145-6)¹⁹.

Una de las mayores innovaciones en Argentina y en Uruguay se refiere al reparto igualitario de los «salarios»²⁰. Sin embargo, para los que creen que la autoges-

(18) En el seno de las FRs, se muestra un sentimiento de que las fábricas son bienes públicos o bienes sociales, siendo prioritarios a cualquier derecho a la «propiedad privada» que el antiguo dueño reivindica. Ver, por ejemplo, (Magnani, 2003, p. 66).

(19) Para ver la crítica al postulado «a igual trabajo, igual salario», se puede leer el Prefacio de «Miseria de la filosofía», hecho por Engels (1966 apud Marx 1966) y las críticas de Marx (1966) a los «ricardianos de izquierda».

(20) En la investigación de Fajn (2003), se constató que el 70 % de las fábricas optó por la igualación de los sueldos.

tión significa salarios «iguales» o «prósperos», recordemos que «un posible aumento de salarios solamente iría a mejorar la remuneración de los esclavos, pero no restituiría el significado y el valor humanos ni al trabajador ni al trabajo» (Marx, 1994)²¹.

Aquí, cabe observar, por ejemplo, que la Fábrica Constituyentes (producción de caños con costuras), tiene en mente el mantenimiento de la repartición igualitaria de los ingresos mientras que la Fábrica Uruguaya Coopdi (producción de termos) postula claramente un retorno a las antiguas escalas salariales cuando la empresa vuelva a crecer. Otra fábrica, que posee algunos «escalafones» de salario, prevé alcanzar una repartición igualitaria.

En ese sentido, cabrá evaluar a lo largo del tiempo si la propuesta de igualación de salarios se mantiene a lo largo de la vida de las FRs, o si es algo momentáneo, fruto de una crisis sin precedentes en el mercado de trabajo.

Otra comparación importante se da entre la Fábrica Constituyentes y la Fábrica uruguaya cogestionaria Funsu (producción de neumáticos y guantes). Si en Constituyentes la fábrica anda muy bien sin ingenieros, capataces ni supervisores, en la fábrica Funsu, los trabajadores dijeron que es imposible llevar adelante la producción sin el cuerpo de ingenieros, muchas veces contratados como consultores²². En la Fábrica Constituyentes, los obreros afirman en todo momento que consiguen y conseguirán llevar adelante el proyecto autogestionario porque acumularon elevados grados de conocimiento empírico. Dicen que no necesitan más de ingenieros ni capataces, porque la única función de estos últimos era controlar el trabajo de planta (Novaes, 2004c).

Esto nos lleva a pensar nuevamente que Braverman y Varsavsky estaban en lo cierto al decir que no hay cooperativismo sin una emancipación real de los trabajadores respecto de los ingenieros.

Los trabajadores mencionan un aumento de la creatividad, el florecimiento de la inventiva, la estabilidad en el empleo y un trabajo más «tranquilo». Para los que creen que el «capital» expropió totalmente el conocimiento de los trabajadores, volviéndolos totalmente «descalificados», las FRs son la prueba de que éstos todavía conservan mucho conocimiento. Ante la falta del mismo,

(21) Esto no significa decir que la remuneración actual de los trabajadores latinos permite la satisfacción de las necesidades humanas. Seguramente, deberá haber un aumento significativo de los salarios.

(22) Cabría investigar cómo se están constituyendo las relaciones en las pocas fábricas donde quedaron los cuadros jerárquicos y compararlas con aquellas donde solamente hay trabajadores.

¿cómo estarían funcionando la mayoría de las fábricas argentinas que trabajan sin los cuadros jerárquicos?

En la fábrica de tractores Pauny (ex Zanello), de forma parecida a la fábrica Funsá, los trabajadores no vieron otra alternativa más que la fundación de una S.A., en la cual la cooperativa de trabajadores, los gerentes y el sindicato tenían, cada uno, el 33 % del capital, quedando el 1% para el municipio (Caffaratti, 2004). Incluso constatando una reconfiguración de las relaciones de gestión a partir de la recuperación de la empresa, la investigación de Caffaratti advierte que no hubo un cambio en la organización del proceso productivo.

En esta cooperativa, se destaca el desarrollo de dos productos nuevos. En primer lugar, el tractor amarillo (que ganó el premio de innovación tecnológica en la Feria de Palermo 2003), movido a gas líquido, que permite disminuir los costos de producción y no emite gases contaminantes. El otro invento se refiere al mini-ómnibus urbano y otros automóviles que les permitirán diversificar la producción (Caffaratti, 2004).

En la Cooperativa Unión y Fuerza, el salario se duplicó y todos ganan lo mismo. Describiendo el cambio de postura de sus colegas, un trabajador dice que si una máquina se rompía, llamaba al ingeniero y se sentaba. Ahora, llama a los compañeros de mantenimiento y resuelven el problema juntos (Magnani, 2003, p.164). Los obreros que lucharon por la rehabilitación de la fábrica están ante un «problema», debido a que incorporarán a 30 trabajadores en período de prueba. Quieren pasar (jurídicamente) de cooperativa de trabajo a cooperativa de producción, ya que una cooperativa de producción en Argentina tiene la posibilidad de contratar a personas y no sólo incorporar socios.

La justificación para la incorporación de estos nuevos trabajadores como socios con diferencia accionaria se da en función de los «6 meses de lucha, y los 3 años para alcanzar el actual nivel de producción» (Magnani, 2003), lo que para ellos no es justo.

Otro problema que pone obstáculos a las FRs argentinas y uruguayas es la cantidad de empresas que trabajan «à façon». En líneas generales, trabajo «à façon» quiere decir que el cliente provee todo el material y sólo contrata a las cooperativas para elaborar el producto deseado. No hay ningún margen de maniobra frente a las imposiciones de precio y compra de productos²³.

(23) Este problema fue constatado en muchas empresas tercerizadas, productoras de calzado y vestimenta en Brasil.

Entre los riesgos organizacionales inmanentes a la autogestión, Fajn et alli (2003) destacan la conformación de un segmento burocrático que se apropie de los saberes de gestión, substituyendo a los dueños por un nuevo estamento burocrático que concentra la información, el saber de la gestión y el conjunto de decisiones estratégicas de la organización. Otro riesgo se refiere a la imposibilidad de desestructurar la jerarquización operada por la relación capital-trabajo y conservar, tanto en el ámbito de la estructura organizacional como en lo concerniente al proceso de trabajo, las formas heredadas antes de la recuperación.

En este sentido, la división del trabajo, las jerarquías internas, la clasificación remunerativa, la atribución de funciones, tareas y responsabilidades son un conjunto de lógicas organizacionales instituidas que requieren ser revisadas y reformuladas bajo la perspectiva y los parámetros del nuevo proyecto colectivo (Fajn, 2003, p.147-8).

La no percepción de los riesgos que la maquinaria «de última generación» puede traer a los principios de la autogestión debe ser también considerada como un problema. En muchos diálogos con profesores y trabajadores, observamos que no percibían la necesidad de una tecnología alternativa, cuando decían: «no tenemos problemas tecnológicos, ya que nuestra máquinas son de última generación» o incluso «nuestro problema es la falta de maquinaria nueva, ya que la nuestra está muy desfasada»²⁴. Esto nos llevó al estudio de las posibilidades de selección tecnológica abordada en la sección siguiente.

Incluso observando que existen procesos en lo que se refiere a mantenimiento, reparación, pequeñas adaptaciones de la maquinaria y aumento del conocimiento del proceso productivo, todavía se verifica una inmensa cantidad de trabajo alienante, repetitivo y totalmente desprovisto de contenido. En líneas generales, se puede decir que las FRs argentinas y uruguayas se encuentran, en su gran mayoría, en las modalidades 3 y 4.

Por último, pero no menos importante, deberemos destacar como innovaciones sociales en Argentina y en Uruguay, desde el permiso para tomar mate en la fábrica, la creación de espacios de recreación, la creación de cursos de pintura, escultura, clases de nivel secundario dentro de las fábricas, otros eventos culturales como la visita de una pianista famosa que emocionó a muchos trabajadores, e, incluso, la creación de guarderías dentro de las fábricas. Si para la Econo-

(24) Como veremos más adelante, Noble (2001) refuta el argumento de que la «última tecnología es siempre la mejor».

mía Política existe apenas la categoría de trabajo y no la de trabajador, en las FRs la idea es facilitar al máximo la vida del trabajador en su ambiente de trabajo.

Debemos hacer un comentario aparte. Algunos investigadores ven en esta apertura de las FRs al público una «táctica», un marketing político, ajeno a los trabajadores, donde éstos no forman parte «de la cultura».

Las posibilidades de selección tecnológica

Se debe examinar con atención los motivos que llevan a los trabajadores de las FRs a creer que la última tecnología es siempre la mejor, sirviendo tanto a los propósitos de las empresas convencionales como a los propósitos de la autogestión.

Para aclarar el problema, utilizaremos las obras de David Noble (1984 y 2001). En su libro *La locura de la automatización*, David Noble (2001) busca llevar a cabo una revisión acerca de la «fe casi religiosa en los beneficios automáticos del progreso tecnológico».

La creencia del sentido común (suponemos, al menos por ahora, que los trabajadores de las FRs tienen una visión muy próxima a la del sentido común) prevé un futuro automático conducido y dirigido por el avance tecnológico autónomo – el progreso tecnológico- que nos lleva inevitablemente al mejor de los mundos posibles –el progreso social– (Noble, 2001, p.11).

La visión de la «evolución tecnológica» se asemeja a la teoría darwiniana, ya que se cree que el proceso de desarrollo tecnológico es muy parecido al de la evolución biológica de las especies de la selección natural.

De la misma forma que evolucionan las criaturas terrestres de acuerdo con la lógica anónima y automática de la supervivencia de los más aptos, tienen lugar las innumerables posibilidades tecnológicas generadas por la imaginación y el ingenio humanos, a través de un proceso perpetuo y competitivo que elimina a las peores. De esta manera, sobreviven apenas las más aptas para los propósitos humanos -como si esto ocurriera de forma natural y automáticamente (Noble, 2001, p.13). Se trata, evidentemente, de una perspectiva ideológica que viene siendo proclamada por todos los rincones del mundo.

Contradiendo un poco más esta idea, Noble nos muestra que las personas creen que las tecnologías pasan a través de dos filtros sucesivos que automáticamente eliminan las contribuciones insatisfactorias y solamente permiten que florezcan las ‘mejores’.

El primer filtro es la técnica: el trabajo – con devoción a la racionalidad y la eficiencia- de los ingenieros y científicos selecciona la mejor solución para cada problema. El segundo filtro es económico: las tecnologías son sometidas a un criterio racional, al cómputo de los costos, y a un análisis dirigido a la maximización de los beneficios. Los hombres de negocios buscan solamente las tecnologías viables más económicas entre las consideradas técnicamente superiores. De esta forma, la percepción del mundo real de los hombres de negocios corrige los excesos de los científicos e ingenieros (generalmente menos prácticos). La última fase del «control de calidad» se da en la operación anónima del mercado auto-regulado, donde sobreviven los mejores hombres de negocios con las mejores tecnologías.

Así, cuando vemos una tecnología en su aplicación industrial, asumimos que ésta representa la mejor tecnología que la historia ha podido ofrecer (Noble, 2001, p.14-5). Pero, si miramos en forma más metódica y crítica lo que se nos muestra aparentemente como un proceso inevitable de desarrollo tecnológico, reconocemos que no es en absoluto un hecho automático, sino político, algo que las personas planean y por lo que luchan para que suceda.

En lo que se refiere a las empresas, Noble (2001) cree que no existe una empresa racional en términos abstractos con su propia lógica interna, sino un esfuerzo humano que refleja en cada momento las relaciones de poder en la sociedad. La viabilidad de un diseño no depende de una evaluación simplemente técnica o inclusive económica, sino también, y sobre todo, de una cuestión política. Una tecnología es aprobada como viable si está en conformidad con las relaciones de poder existentes (Noble, 2001, p.21).

Es el apoyo de los que detentan el poder –los que detentan el dinero, el poder político, militar, legal– lo que le permite al personal técnico el lujo de soñar y de hacer realidad sus sueños. Lo que causa espanto es que muchos científicos e ingenieros admiten su dependencia en relación con los que tienen el poder. Sin embargo, pocos reconocen que esta relación ejerce mucha influencia sobre el modo en el que se piensan los hechos. En este sentido, los técnicos creen que su trabajo está guiado –sobre todo– por consideraciones de tipo técnico.

Noble admite que pocos ingenieros están empeñados en «destruir directamente al pueblo». Su objetivo es hacer el mejor trabajo posible. Sin embargo, generalmente, construyen soluciones buenas para los que están en el poder –la dirección– pero que son desastrosas para el resto de la sociedad, generalmente, los trabajadores. Con esto, acaban reforzando las relaciones de clase (Noble, 2001, p.16).

Esto sucede porque los técnicos tienen poco contacto con el mundo de los trabajadores y porque durante su educación y su carrera profesional solamente se comunican con la dirección.

Un ejemplo bastante ilustrativo de este hecho es la historia de las Máquinas-Herramienta automatizadas. Gran parte del diseño pionero y del trabajo de desarrollo se llevó a cabo en el *Massachusetts Institute of Technology (MIT)*. Durante sus investigaciones, Noble descubrió que los ingenieros que estaban involucrados en esa creación estuvieron en constante contacto con los directores industriales y oficiales militares que patrocinaban y dirigían el proyecto, pero no encontró el menor indicio de que estuvieran en contacto con los millares de hombres y mujeres que trabajaban como obreros en la industria del metal. Es decir, no tuvieron el menor contacto con los que poseen el mayor conocimiento sobre el corte de los metales, quienes estaban más directamente afectados por los cambios tecnológicos introducidos por el nuevo desarrollo tecnológico (Noble, 2001, p.19).

Para Noble, las consideraciones técnicas y económicas son importantes, pero pocas veces son los factores decisivos de los sistemas que finalmente se diseñan. Debajo de la retórica técnico-económica, Noble cree que existen otros impulsos: 1. Obsesión de la dirección por el control; 2. Énfasis militar sobre el mando y la intervención y 3. Entusiasmos y compulsiones que fomentan ciegamente el impulso a la automatización.

El mayor impulso detrás de la búsqueda por la automatización proviene de la obsesión de la dirección por el control sobre los trabajadores. Para Noble, los directores harán lo que sea para continuar siendo directores, cualesquiera que sean los costos técnicos, económicos y sociales. Y con este fin, solicitan y dan la bienvenida a las tecnologías que prometen aumentar su poder y minimizar cualquier desafío, permitiéndoles disciplinar, disminuir la calificación con miras a reducir el poder de los trabajadores y sus salarios, y apartar a los trabajadores potencialmente rebeldes (Noble, 2001, p.23).

En cambio, los ingenieros tienen objetivos propios que se complementan en forma clara y se aproximan inocentemente a los de los patrones: quieren crear un sistema libre de errores, obviamente, de errores humanos. Pensando de esta manera, diseñan sistemas que excluyen al máximo posible cualquier intervención humana, sistemas que Noble llama «a prueba de idiotas». Cualquier posibilidad de intervención humana es asumida negativamente como una posibilidad de cometer errores en lugar de ser considerada, de un modo más positivo, como una posibilidad de creatividad y mejora.

Vale señalar, también, que los ingenieros ocupan una posición privilegiada en el interior de la estructura de poder industrial. Es este poder relativo, mucho más que su entrenamiento científico, lo que los estimula y les permite diseñar sistemas que sean operados por «idiotas». Si el ingeniero diseñara una máquina que él tuviera que operar personalmente, dejaría con toda seguridad un amplio margen para poder desarrollar posteriormente por sí mismo el proceso (Noble, 2001, p. 31).

En el capítulo titulado «Vida deseada», del libro *Forces of Production*, Noble (1984) aborda el asunto que nos interesa más de cerca. Muestra que los creadores de diseños de maquinaria alternativa compartían una apreciación mucho más respetuosa del talento, del conocimiento y una comprensión de su papel vital para una producción eficiente y de calidad. Cita a varios investigadores que se esforzaron en la creación de «máquinas para personas y no para idiotas». Entre sus objetivos, se destaca la utilización de las ventajas de los conocimientos existentes y no la reducción a través de la disminución de la calificación, así como también el deseo de aumentar el alcance y la participación de los trabajadores en lugar de disciplinarlos al transferir todas las decisiones a la dirección de las fábricas y oficinas. Y, por último, apuntaban a la ampliación de los empleos.

Sin embargo, como es sabido, se trata de una *lucha desigual* entre los propios creadores. Mientras les faltaban fondos y otras formas de incentivo a los creadores de la Vida Deseada, los promotores del Control Numérico contaban con amplio apoyo de los partidarios de la industria militar y, posteriormente, de las otras industrias. Los compradores de equipamientos tendían a rechazar los diseños alternativos porque no eran compatibles con el objetivo prioritario del control patronal. Los ingenieros de diseño, en general, abandonaron esta aproximación alternativa porque les parecía complicada, menos previsible y más propensa a errores humanos.

De esta forma, el Control Numérico se convirtió en la tecnología *dominante* y, finalmente, en la *única* tecnología para la metalurgia automatizada. Aparentemente, si adoptáramos la visión darwinista de la selección tecnológica, llegaríamos a la conclusión de que ésta fue la *mejor* tecnología que podría ser ofrecida (Noble, 2001, 1984).

En este sentido, podríamos considerar -al menos por ahora- que los trabajadores de FRs no perciben la naturaleza socio-política de la construcción de la tecnología. Al no observar que algunas tecnologías – que les podrían traer más beneficios – quedaron «cristalizadas» a lo largo del camino de selección tecnológica, estos trabajadores comienzan a creer que sólo hay una tecnología disponible para usar en la fábrica.

Noble, por el contrario, busca combatir y reforzar la idea anti-darwinista de la selección tecnológica. Para él, el caso del Control Numérico ilustra muy bien una selección nada ‘natural’, que nos llevaría a creer que las elecciones se dan en función de razones estrictamente técnicas. Se trata de una selección política realizada por algunos pocos poderosos que buscan retener y ampliar su control social, en concordancia con los técnicos que perseguían la perfección en un mundo de idiotas (Noble, 2001, p.33).

La mentalidad militar es el otro impulso que nos lleva a la automatización. Noble nos recuerda que la Fuerza Aérea de Estados Unidos fue y continúa siendo el mayor patrocinador de la automatización industrial, imponiendo la especificación del diseño y criterios exigidos para los objetivos militares, y creando un mercado artificial para los equipamientos automáticos. Fueron ellos también los subsidiarios tanto de las empresas constructoras de las Máquinas-Herramienta como de los consumidores industriales. Vale recordar que esta dirección de desarrollo tecnológico fue totalmente indiferente a los costos.

El tercer impulso a la automatización proviene de las «fuerzas psicológicas colectivas en el trabajo que desafían los análisis políticos y económicos convencionales» (Noble, 2001, p. 39). Para él, existe un ideal compartido de un mundo sin personas.

De acuerdo con el segundo filtro – económico –, se cree equivocadamente que las fábricas se automatizan para ganar dinero. Noble cree que los ingenieros compran máquinas cuando éstas valen más o menos lo mismo que invertir en trabajo. El entusiasmo por la maquinaria es el factor determinante y nunca hay un análisis detallado de los ‘factores relativos’, tal como propone la teoría económica neoclásica.

Para Noble, no está a la orden del día una consideración económica cuidadosa del desarrollo tecnológico. Para los dueños de empresas, hay un estatus a ser mantenido y los mismos actúan con «instinto de manada» al saber que otro empresario compró una máquina nueva. Se trata definitivamente de una paranoia estimulada por los vendedores de equipamientos (Noble, 2001, p-56).

En Novaes y Dagnino (2004), evidenciamos que hay un *Fetiché* que oscurece el carácter relacional de la tecnología (Noble, 1984; Feenberg, 1999). Solamente vemos lo que está de moda, un supuesto cambio continuo, incesante de la tecnología, y el avance inexorable, siempre «beneficioso». La tecnología se nos presenta en el día a día como en plena evolución, punto de partida para que todos los países formen parte de la «modernidad», como si

ésta fuera una vía de una sola dirección. Sin embargo, nos olvidamos de lo que no está cambiando, es decir, de las relaciones de dominación y de las formas de control que continúan moldeando la sociedad y la tecnología (Noble, 1984 y 2001).

Teniendo en cuenta los pasajes citados más arriba, se puede concluir entonces que el «camuflaje de la realidad» sirve para disimular las relaciones sociales contenidas en ella y, por esto, perpetuar las acciones de los que están en el poder, impidiendo una evaluación crítica por parte de los que buscan transformar la tecnología²⁵.

Relación universidad – fábricas recuperadas

Las Universidades argentinas parecen estar un poco más desarrolladas que las brasileras en lo que se refiere al fenómeno de las FRs. Hay, claramente, una «primera fase», mucho más pautada por una relación de apoyo a las tomas de empresas y un relevamiento estadístico de los casos, y un segundo momento (a fines de 2004), donde los investigadores están retornando a las fábricas para investigar los procesos de cambios y permanencias, avances y retrocesos.

Observamos también que el Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas (MNFR) convocó a los investigadores de las diversas áreas del conocimiento con el objetivo de crear una agenda de investigación, ahora mucho más «orientada a la acción».

La primera fase se caracterizó por «relaciones inorgánicas», relaciones estas que no se basaban en acuerdos realizados a partir de convenios pre-establecidos (Fajn, 2003), y los estudios, muchas veces repetitivos, acen-
túan las posibilidades de emergencia de una nueva cultura y una nueva subjetividad obrera.

(25) En el campo del marxismo, Chesnai y Cerfati (2003), afirman que los marxistas veían –y todavía ven– las fuerzas productivas como un «paquete» que puede ser ‘transplantado’ sin grandes modificaciones a una sociedad socialista. Para Noble (2000), si tanto socialistas como liberales creen que las tecnologías ‘avanzan’, promoviendo el ‘bienestar social’, cabe a todos los intelectuales comprometidos no solamente desmitificarla, sacar el velo de neutralidad tecnológica y hacer patente su fetiche, sino también señalar caminos que permitan al movimiento obrero librarse de la ideología del progreso técnico.

Ya sea en el caso de una investigación orientada a la política o en el caso de una simple descripción de un hecho histórico, se constata que las ciencias sociales en general no se comunican con las ciencias «duras» (y viceversa).

Sin embargo, incluso si la interdisciplinariedad estuviera a toda máquina en Argentina y Uruguay, se debe considerar también que la cuestión presentada aquí trasciende un simple diálogo entre los diferentes campos del conocimiento. Primero, porque el complejo científico-tecnológico latino es ajeno al complejo productivo (Herrera, 1973). Para el empresario latinoamericano, es más razonable importar tecnología que utilizar la producida localmente.

En otras palabras, significa decir que los institutos tecnológicos y las universidades siguen una línea de investigación para empresas de «alta tecnología», heterogestionarias, acumuladoras de capital, cuando lo que debería hacerse para conectar este complejo con nuestro parque productivo es estimular la investigación en cooperativas populares, autogestionarias, no acumuladoras de capital, de «baja tecnología» (Dagnino, 2004).

Segundo, porque no existe un «mercado tecnológico» (Dagnino et alii. 2004), donde la universidad «ofrece», «desarrolla» o «transfiere» tecnología para los compradores: supongamos que la universidad esté pensando en dialogar con los emprendimientos autogestionarios, los problemas de los trabajadores, haciendo investigaciones sobre el tema. A lo sumo, lo que va a haber es un diálogo entre las cabezas pensantes de la universidad (conocimiento incorpóreo) con las cabezas pensantes de las FRs, ya que la universidad no produce tecnología (máquinas y equipamientos).

Debido a estos dos factores, no se puede decir que la universidad de hoy esté lista para dialogar con los movimientos sociales y, así, relacionarse con ellos, en un proceso de intercambio de saberes²⁶.

Sin embargo, algo bueno viene haciendo la universidad. Durante el 2º Congreso de Sociología, muchos trabajadores fueron convocados a hablar, mostrando claramente que tienen mucho para enseñar (incluso así, veían a la universidad como un «templo» y a ellos mismos como completamente ignorantes).

(26) Para la crítica de las Incubadoras de Empresas y de Cooperativas Populares en Brasil, ver Oliveira y Dagnino (2004). Para una comparación con las Incubadoras de Empresas argentinas, ver Versino (2000) y Versino y Hoeser (2004).

Incluso sabiendo que los acontecimientos en Argentina son mucho más recientes que en Brasil, y por eso los estudios se centran mucho más en los procesos y en la lucha por la adquisición de los medios de producción, todo lleva a creer que está habiendo un mantenimiento de las estructuras heredadas, una recomposición de las escalas salariales a medida que las empresas aumentan su facturación, y que la Universidad no tiene mucho que «ofrecer» a estos trabajadores.

¿Socialismo de Mercado o Coordinación Global de la Producción?

En una de las Asambleas Nacionales de los Trabajadores, las llamadas ANTs, se votó, entre otras cosas, la necesidad de constituir una «red nacional de consumo y producción de las fábricas bajo control obrero y las organizaciones de desocupados, para imponer una economía bajo control obrero...» (Heller, P. 2004, p.220).

Incluso sabiendo que la coordinación de las actividades productivas como un todo está fuera del control de los movimientos de FRs argentino, uruguayo y brasilero, es sorprendente el hecho de que los trabajadores no conciban la necesidad de planear la producción de las unidades productivas como un todo, más allá del caso de las fábricas recuperadas y las cooperativas populares. El debate más radical llega hasta la fase de formación de redes de comercio entre cooperativas o, de una forma un poco más compleja, la formación de acuerdos productivos autogestionarios.

En las entrevistas realizadas y en toda la bibliografía leída sobre el tema, sólo se menciona la necesidad de que «las fábricas recuperadas competitivas» vuelvan a ser fábricas convencionales. Esto nos lleva a creer que tanto los movimientos de FRs como los intelectuales argentinos, así como los brasileños, sufren de la parálisis llamada «socialismo de mercado».

Ante la falta de mecanismos de coordinación de las actividades productivas, reinan las crisis de superproducción, sub-empleo, las empresas son guiadas por los mecanismos de «búsqueda de lucro» y los trabajadores tienden a ver «sus fábricas» como empresas aisladas (Bettelheim, 1979).

Es en este sentido que la bandera de la «autonomía», de la sensación de «libertad» por haber arrancado el poder a los patrones, puede generar confusiones en el seno de la clase trabajadora al reivindicar el poder hacia dentro de cada fábrica recuperada (Novaes, 2004).

Consideraciones finales

«Estamos trabajando contra el desempleo. Es una alternativa concreta que los trabajadores enfrentan frente a la falta de respuesta del gobierno y de los patrones».

«Esto es lo que queremos construir, empresas con todos los trabajadores posibles».

Cuando se pregunta cuál es el objetivo último de los trabajadores y de los líderes de los movimientos sociales, se dice que, por ahora, una fábrica que es recuperada por los trabajadores es apenas una experiencia de «contención social».

Actuando mucho más por pragmatismo que por ideología socialista, los gritos más a la izquierda de las FRs que resuenan en Argentina y Uruguay claman por el empleo, por la liberación nacional y por el no pago de la deuda externa²⁷. Tal vez, simbolizando muy bien lo que serán los movimientos sociales en la primera mitad del siglo XXI, se observa la ausencia de un proyecto social radical que tenga una dirección «más allá del capital» (Mészáros, 2002).

Raras veces se menciona que las FRs pueden ser extremadamente útiles al sistema capitalista, o incluso, ser «colonizadas» en las palabras de Pablo Heller (2004). Lejos de causar un temblor sísmico en el sistema, lo que teóricamente se constituiría como una alternativa radical, señalada por algunos como los gérmenes del socialismo en el océano capitalista, pueden acabar volviéndose una vía de «control social de los pobres», donde las clases dominantes mantienen el dominio del «núcleo duro» de la economía²⁸. «Si es verdad que toda empresa que cierra, se la debe ocupar y ponerla a producir, ¿qué hacen los trabajadores cuando las fábricas no cierran?»²⁹.

(27) En Uruguay, hay un clima de victoria popular que difícilmente puede ser descrito con palabras. Una esperanza de cambio parece recorrer este país.

(28) Ver, por ejemplo, el caso de Argelia en Burawoy (1990). Para Marx (1866), el movimiento cooperativo, «limitado a las formas enanas, las únicas que pueden crear con sus propios esfuerzos los esclavos individuales del trabajo asalariado, jamás podrá transformar la sociedad capitalista. A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo, son indispensables cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad, que sólo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, del poder político, de manos de los capitalistas y propietarios de tierras a manos de los productores mismos».

(29) En una investigación realizada a fines de 2004 junto a los trabajadores de FRs, preguntaron si era legítimo ocupar fábricas que «no cerraron»: el 90 % de los trabajadores respondió que no.

Teniendo a la vista los procesos de AST, o la inmediatez del momento todavía no permitió una evaluación más significativa de los procesos de AST o todo lleva a creer que hay una tendencia a mantener en las fábricas únicamente un aspecto de la autogestión: la decisión compartida de los problemas vitales de la empresa. Incluso así, se debe recordar que muchas empresas o son dirigidas por el movimiento y/o los trabajadores todavía no participan plenamente de las decisiones vitales de las fábricas.

En gran medida debido al «fetichismo de la tecnología» o a la visión de que las fuerzas productivas avanzan inexorablemente, tanto la academia como los trabajadores se muestran como anti-ludditas, mencionando solamente la apropiación de las fuerzas productivas, o a lo sumo, la ampliación de los conocimientos de las fases de producción por parte de los trabajadores y algunas modificaciones en la organización del proceso de trabajo.

Y, por último, pero no menos importante, al no mostrar el camino para la coordinación sistémica de la producción, los trabajadores caen en el «sálvese quien pueda», las fábricas comienzan a verse como unidades aisladas, impidiendo la anarquía de la producción. Pero esto ya es otra historia.